

HUMANIMALES

HUMANIMALS

Víctor Pueyo Martín

10.26754/ojs_arif/arif.202227327

Marta Segarra (2022): *Humanimales. Abrir las fronteras de lo humano*. Barcelona: Galaxia Gutenberg

Lo que tiene de particular este libro, a mi juicio, es que parte desde un enfoque diferente al de los ensayos o teorías éticas más aceptadas sobre animalismo. Si tenemos en cuenta que el enfoque que más recorrido intelectual ha tenido hasta ahora es el de Peter Singer con su libro, publicado en 1975, *Liberación animal*, el ensayo de Segarra *Humanimales* en realidad pondría de manifiesto otra forma de entender la filosofía animalista, que a continuación expondré.

Han surgido diversas teorías a lo largo de la historia de la filosofía sobre ética animalista y ponen éstas por tanto de manifiesto las diferentes maneras en las que es posible abordar dicha problemática. Por ejemplo, el naturalista Piotr Kropotkin investigó a fondo en el siglo XIX los comportamientos animales, y sus conclusiones llevaban a la tesis de que la moral humana es fruto de su historia evolutiva, lo que nos hace entender que no hay tantas barreras entre animales y humanos, al menos desde un plano antropológico.

Por tanto, la conclusión de Kropotkin sería que la moral tampoco nos hace superiores al resto de animales, sino que demuestra precisamente nuestros puntos comunes con ellos. Llegaba Kropotkin a esta conclusión investigando desde una perspectiva principalmente biológica y concretamente etológica, estudiando el comportamiento de diversas especies en la naturaleza. Otra perspectiva desde la que se puede tratar la cuestión de los animales en filosofía es a través del libro de Singer *Liberación animal*. Singer trata el asunto desde un punto de vista más filosófico que el de Kropotkin, pues usa como punto de partida la corriente de pensamiento conocida como utilitarismo, siendo, además, la naturaleza de sus argumentos exclusivamente ética, llegando a ser casi incluso formal. Aunque las perspectivas de Kropotkin y de Singer sean dos formas de abordar el tema tan

diferentes, ambos enfoques nos han llevado a que las teorías éticas que tratan el tema del animalismo suelen fundamentar éste desde enfoques que dejen de lado el sentimentalismo y se basen en argumentos éticos y en ocasiones o bien jurídicos o bien científicos. Kropotkin y Peter Singer son sólo dos ejemplos, pero también podrían destacarse pensadores como Frans de Waal, Tom Regan o el caso de Jesús Mosterín en España.

El ensayo de Segarra, como cualquier otro ensayo sobre el tema, explora las barreras que tradicionalmente se han levantado para separar categóricamente animales y humanos, pero lleva a cabo su análisis desde una perspectiva no tan habitual, centrándose por un lado en el sentimiento pero también, y sobre todo, desde un enfoque cultural. Sabemos ya, por lo comentado anteriormente, que investigar los nexos de unión biológicos que tenemos en común con otros seres sintientes es lo más habitual en este campo ¿Por qué este ensayo es diferente? Porque no sólo no investiga las fronteras ontológicas, biológicas, materiales o jurídicas, sino que deja de lado estas perspectivas de manera consciente. Sirva de ejemplo el siguiente extracto:

Casi el 80 % de las personas animalistas son mujeres y lo explican (Adams y Donovan) por esta común marginalidad y opresión. Además, critican el enfoque basado en los derechos de los animales, que adoptan filósofos pragmatistas como Peter Singer o Tom Regan, quienes utilizan razonamientos puramente intelectuales y dejan de lado, de forma expresa, el argumento de la compasión hacia los animales, que encuentran sentimental y, por lo tanto, femenino, o, en todo caso, fuera de lugar en la teoría analítica. (Segarra, 2022, 165)

No deja de ser llamativa la relación que establece entre “lo femenino” y “la compasión.” Llama también la atención que tanto las autoras a las que cita como la propia Segarra olviden mencionar a Schopenhauer, quien de hecho fue el principal teórico de la compasión como fundamento del respeto y el trato ético a los animales. En cualquier caso, la cita no es casual y es que la autora deja de lado conscientemente la clase de teorías que ella denomina pragmatistas para centrarse en acontecimientos y eventos culturales que ponen en entredicho las fronteras entre animales y humanos que antes mencionaba. No hay que olvidar, sin embargo, que Singer no es un autor “pragmatista” como afirma Segarra, sino utilitarista, así como tampoco lo es Tom Regan, quien basa sus argumentos en una ética deontologista.

A lo largo del ensayo explora Segarra las fronteras de la humanidad (no formalmente, sino más bien mediante ejemplos, como la particular relación que al parecer tenía Montaigne con su gata), y trata también el tema de la zoofilia e incluso la

hibridación y en último lugar por supuesto el gran tema: ¿es ético comer carne? Una característica particular del ensayo es que la autora en raras o ninguna ocasión expone explícitamente su propia opinión sobre los temas que trata, sino que va conduciendo al lector mediante una serie de ejemplos y acontecimientos que están relacionados con el asunto del capítulo. Esto, aunque pudiera parecer vacío tiene al menos la ventaja de permitir al lector formarse su propia opinión simplemente a partir de una serie de hechos, noticias y distintas perspectivas filosóficas. Aunque claro está, las noticias y documentos que emplea la autora no son inocentes, aunque no le diga al lector qué conclusión debe sacar de dichos ejemplos.

El capítulo más interesante del ensayo es quizá el que trata el tema de la hibridación, que es además el que le da título al libro: *Humanimales*, ya que se centra en un tema que es habitualmente dejado de lado en las teorías éticas animalistas, esto es, aquellos momentos en los que estableceríamos relación con animales no humanos. Comienza el capítulo exponiendo varios casos de lo que se conocen como niños salvajes, es decir, aquellos casos en los que un niño ha sobrevivido en la naturaleza gracias a la benevolencia de alguna especie que lo ha criado y suministrado comida. El más famoso de estos casos tiene lugar en la mitología romana: el de Rómulo y Remo, que fueron amamantados por Luperca. Aunque de hecho este es sólo uno de los muchos ejemplos que hay en la mitología. Por supuesto la autora hace énfasis en lo particular que es que en nuestra antigua mitología se pusiesen de manifiesto casos como este, casi como queriendo generar cierta sensación de hibridación.

Después expone varios casos, esta vez reales, entre los cuales el más famoso sería el del lobo de Hesse. La autora analiza y critica el antropocentrismo con el que son tratados normalmente los llamados “niños salvajes” ya que siempre el objetivo último de los estudios es reinsertar a la persona en lo que sería el mundo civil, dicho mundo que, comenta la autora no sin cierto sarcasmo, sería sin duda preferible.

Enlaza el tema de los niños salvajes con el de las culturas cuyas religiones se basan de alguna manera en la adoración a los espíritus animales. Aprovecha así para comentar también y poner en valor dichas otras culturas que, por su parte, basan sus religiones en tótems en lugar del Dios característico de las religiones monoteístas con la idea de mostrar que:

Los seres humanos, así, no son los únicos que poseen una “interioridad subjetiva” y una intencionalidad en sus acciones, sino que estas se hallan en todos los seres vivos, los animales no humanos y también los vegetales. El animismo es, pues, una ontología tan válida como la occidental. (Segarra 2022, 135)

Por supuesto esta idea la expone a partir de los ensayos del antropólogo Philippe Descola, sin entrar a plantear sus propias ideas sobre el tema. Sin embargo, todos los ejemplos y teorías escogidos conducen hacia el mismo objetivo: poner de manifiesto lo discutible que es que la cultura antropocéntrica occidental sea superior en algún sentido a una cultura totémica.

Aparte de las culturas totémicas o los niños salvajes, hay otras maneras, de acuerdo con Segarra, de hibridación. Otro ejemplo que expone la autora cuenta cómo la antropóloga francesa Nastassja Martin se topa con un oso en las montañas de Kamchatka y éste le muerde la cara. Nastassja Martin reaccionó clavándole al oso su piolet y entonces el oso parece que escapó, asustado. (cf. Segarra 2022). Cuenta Segarra cómo “se produce así una difuminación del límite entre el tiempo mítico y la época actual, entre el sueño y la vigilia y, en definitiva, una hibridación entre la humana y el animal” (Segarra 2022, 152) y añade: “El beso de Nastassja Martin con el oso materializó para ella (...) una serie de temáticas que la ocupaban como antropóloga: la cuestión de los confines, de los márgenes, de la liminalidad o de las zonas fronterizas entre dos mundos.” (Segarra 2022, 153) Describe así una forma de ver el acontecimiento desde puntos de vista alternativos.

Lo que une a todas estas referencias y ejemplos al final es la idea de que las barreras entre animales y humanos no sólo no son tan fuertes como pensamos sino que además no deberían seguir siéndolo, y mucho menos en la cultura popular, es decir, en el imaginario colectivo, donde están todavía muy bien asentadas. La autora, con las noticias, casos y ejemplos que escoge, busca mostrar cómo y en qué momentos se unen ambas esferas, cultural y natural y cómo se derriban ambas, con la idea, además, de motivar a que se relativicen y dejen en algún momento de ser tan estancas.

Una vez expuestas estas ideas del ensayo de Segarra, habría que hacerse esta pregunta: ¿qué aporta este ensayo al campo de la ética animalista? Antes de responder añadiré, a modo de crítica, que si bien es un ensayo muy rico en ejemplos, noticias y casos excepcionales, hay escasez de ideas filosóficas fundamentadas mediante argumentos, y por tanto faltan también conclusiones filosóficas. Lo que sí aporta este ensayo al campo de la ética animalista sería una perspectiva diferente de la academicista de Singer o Tom Regan, que si bien quizá ya existía, Segarra recopila y reúne para darla a conocer de una manera bastante sencilla. El problema es que el libro en sí no aporta nada nuevo, todo lo que aparece son ideas de otros pensadores y testimonios. Cabría considerar, además, si este enfoque que podríamos denominar cultural, post-estructuralista o incluso posmoderno, sería lo suficientemente convincente como para dotar de derechos a los animales

o lograr que vivan mejor de alguna manera, puesto que para ello se diría que se necesitan argumentos que vayan más allá del sentimentalismo o de los ejemplos de vivencias como la de Nasstasja Martin, en la que se funden las fronteras entre lo animal y lo humano pero que no deja de ser un caso muy concreto y particular. Lo que sí se puede lograr quizá por esta vía es una mayor concienciación o una idea más clara de lo que ha sido para la humanidad alejarse y acercarse a los animales a lo largo de la historia.

Víctor Pueyo Martín
Universidad de Zaragoza
victorpueyo@hotmail.es